

04/07/2019

¡FUERA MASCARAS! Mateo 15: 1-9

Muchos de nosotros fuimos testigos del gran pleito que hasta hace unos días sostuvieron la Cadena Univisión y la compañía de cable Dish Latino. Fueron meses lo que duró el pleito entre estas dos compañías. Hasta donde yo sé, todo fue porque Univisión se molestó porque Dish no le pagaba a ellos lo mismo que a otros canales televisivos y entonces exigieron que se les pagara más. Dish Latino respondió que Univisión no tenía la misma audiencia de esos otros canales y que, de hecho, aun la audiencia que tenían había bajado, por lo cual se rehusó a pagar más.

Entonces Univisión rompió la relación comercial con Dish y comenzó a elaborar en todas sus estaciones tanto de televisión como de radio, una campaña de desprestigio en contra de Dish. Anuncios como *“Dish no juega limpio”*, *“A Dish no le importa la audiencia hispana”*, *“Llámenos y un operador le dará otras opciones de cable”*, eran anuncios que se escuchaban en cada programa tanto de la televisora, como de la radiodifusora.

Pero desde hace algunos días a la fecha, ahora escuchamos anuncios como *“Univisión y Dish estamos más juntos que nunca”*, *“Dish le ofrece los mejores programas especialmente creados para la comunidad hispana”*, y cosas así. Univisión ahora sí dice que Dish ofrece los mejores programas. ¿Y qué va a pasar con todos aquellos que, por hacerles caso a su propaganda, dejaron Dish y ahora están en otra compañía que ellos mismos sugirieron? ¿Usted cree que les importa? ¿Dónde quedó toda aquella propaganda en contra de la compañía de cable? ¿Para Univisión, la credibilidad y aceptación de Dish dependía de que ellos estuvieran con la compañía de cable o no?, porque eso es lo que ahora yo trato de entender con los anuncios que están lanzando al aire.

¿Sabe cómo se le llama a eso que está haciendo Univisión?: Hipocresía. ¿Qué es la hipocresía? Esta palabra, en su origen, se refería a un actor o actriz de teatro; era alguien que daba una representación diferente a la realidad de esa persona. El actor actuaba con una máscara que ocultaba su verdadero rostro, que ocultaba su personalidad. La palabra vino entonces a usarse para referirse a toda persona que engaña pretendiendo ser lo que no es, o que oculta sus verdaderos pensamientos,

sentimientos, actitudes e intenciones bajo una máscara de falsas apariencias; actuando lo que no se es, pero pretendiendo que los demás lo crean. En otras palabras, no corresponde lo que dice y lo que hace o actúa, con lo que piensa, dice y hace. La hipocresía es esa actitud que se mueve a conveniencia de la persona. La Biblia presenta a la hipocresía como la diferencia totalmente opuesta entre lo que está realmente dentro de uno y lo que pretendemos reflejar, que es diferente.

Muchas personas ponen la excusa de la hipocresía que hay en la iglesia para no querer tener nada que ver con la obra del Señor. Dicen que la iglesia está llena de hipócritas. ¿Será realmente admisible una excusa así para no querer saber nada de la iglesia y querer creer a su propia manera? Quien piensa así entonces está diciendo que es mejor que los cristianos que van a la iglesia y que no se quiere contaminar con la hipocresía de ellos. Siempre he pensado que quien piensa así es el mayor de los hipócritas y que lo que no quiere en realidad es comprometerse con el Señor porque los cristianos no presumimos de perfección, al contrario, somos hombres y mujeres imperfectos y pecadores que necesitamos al Señor para que nos haga cada día mejores. Pero no podemos negar que la hipocresía es un mal real que afecta a la Iglesia del Señor; un mal que debemos corregir si lo tenemos, y que debemos evitar. Tristemente, la hipocresía no está ajena en la Iglesia del Señor, porque es una constante tentación en la que incluso grandes siervos de Dios cayeron en alguna ocasión, y por lo que tuvieron que ser reprendidos, como por ejemplo el caso del Apóstol Pedro y de Bernabé, quienes fueron amonestados por el Apóstol Pablo (*Gál 2:11-14*).

En las Escrituras, la hipocresía es inadmisibile y condenable. David le dice a Dios que él nunca se ha sentado o convivido con los hipócritas (*Sal. 26:4*); enseñándonos que nosotros tampoco debemos de hacerlo; es más, dice que hasta los aborrece (*Sal. 119:113*), enseñándonos que hasta los evita. La hipocresía es intolerada y hasta condenada en la Biblia porque es dañina al prójimo como dice el Libro de los Proverbios (*Prov. 11:9*).

En nuestro pasaje del día de hoy vemos que el Señor Jesús también condenó fuertemente a los hipócritas; y no solo en este pasaje sino en otros más, como por ejemplo, en el capítulo 23 de Mateo, en donde el Señor Jesús llama 8 veces hipócritas a los escribas y fariseos y nos dice por qué los llama así. La hipocresía era un tema importante de tratar para Señor Jesús y, si es importante para Él, debe serlo para nosotros también.

Recuerde también lo que otras tantas veces he dicho: El tema central del Evangelio que escribe el Apóstol San Mateo es el Reino de los Cielos. El Evangelio describe muy bien las características que tienen los hijos del Reino, pero también descubre todo aquello que debemos evitar, entre lo que se encuentra, la hipocresía. Vamos a ver algo acerca de la forma en que el Señor ve a la hipocresía.

“Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan” (vv.1-2).

El Señor Jesús se encontraba en Galilea (Mt. 11:34), en el norte de Israel, y hasta allá fueron desde Judea, en el sur de Israel unos fariseos para hacerle una pregunta con el fin de hacerlo caer en una contradicción y tener algo para poder acusarle. Así son los hipócritas; presentan la cara de querer saber, de estar interesados en aprender, pero en realidad solo quieren probar al otro para tener un motivo para juzgarle y criticarle; creen que saben más que los demás y que son mejores que los demás. Pero bien que los conoce el Señor y no se dejará caer en sus redes; nosotros tampoco debemos caer en sus redes; el Señor nos enseña cómo no caer en sus redes. Además, si fueron hasta allá era porque el Señor ya les estaba causando muchos problemas con su enseñanza que los exponía y los desautorizaba. Usted también les causará muchos problemas si puede ser un imitador del Señor Jesús y se mantiene firme en su enseñanza.

Lavarse las manos no era cualquier cosa en la religión judía. No era solamente un asunto de higiene física, sino también espiritual. Algunos rabíes declaraban que su descuido era tan malo como el insultar a alguien, es decir, era un grave pecado. Para que tenga una idea de lo importante que era, los más estrictos judíos se lavaban las manos no solo antes y después de comer, sino también después de cada plato, y los recipientes con que se lavaban debían ser ceremonialmente limpios. Obviamente, por la pregunta, ni el Señor Jesús, ni sus discípulos realizaban todo este ceremonial o todo este ritual religioso y por eso eran confrontados. Para los fariseos, ni Jesús ni sus discípulos eran unos judíos piadosos y dignos por no realizar este ritual que no provenía de las Escrituras sino de la tradición.

Los hipócritas se aferran más a las tradiciones que a la Palabra de Dios como vemos en este relato Bíblico, y le dan el mismo peso de valor a esas tradiciones que el que le dan a la Palabra de Dios, lo cual ya está mal

de por sí, pero se hace todavía peor cuando esas tradiciones toman el lugar de la Palabra de Dios. Esto es algo que hasta el día de hoy afecta grandemente a la Iglesia.

“Respondiendo Él, les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (vv.3-6).

Los hipócritas son legalistas. Piden a los demás hacer cosas que ni ellos mismos pueden hacer, y se justifican ellos mismos de no hacerlo. Los legalistas ven la paja en el ojo ajeno, pero el Señor les muestra la gran viga que tienen en el suyo. Sus tradiciones ya tenían más autoridad que la Palabra de Dios. Los fariseos presentaban la tradición como algo muy digno y honorable, y no dudo que haya tradiciones así; pero ninguna podrá estar por encima de la Palabra de Dios y los fariseos ya habían hecho eso.

Entonces el Señor los confronta con la Palabra, como se debe confrontar a todo legalista. Les muestra cómo están violando el Quinto Mandamiento de la Ley de Dios: *“Honra a tu padre y a tu madre...” (Éx. 20:12)*. Honrar tiene un sentido más práctico que sentimental en la Biblia. Honrar a los padres significa tener cuidado de ellos en su vejez cuando ya no pueden sostenerse. Como mandamiento de Dios, no es opcional el obedecerlo o no; es un mandato y, en ese sentido había gran castigo para quien no lo obedeciera: la muerte (Éx. 21:17). Un mal hijo no tiene cuidado de sus padres y no le importa sostenerlos en su vejez; entonces, para librarse de la condenación de la Ley, ellos decían que todo lo que tenían era para Dios, de esa manera ellos aprovechaban todos los recursos materiales como tierras, cosechas, casas, etc., para su propio beneficio en tanto vivieran y cuando murieran pasaban a ser propiedad del Templo. De esta manera quedaban “legalmente” excusados del compromiso con los padres y los fariseos no tenían problema con eso. Este es un caso extremo, pero real, de la tradición cuando se le da un valor superior a la Palabra de Dios.

“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (vv.7-9).

Qué dura reprimenda les da el Señor, y nuevamente utiliza la Palabra de Dios para sostener lo que dice; el Señor está usando el Libro del Profeta Isaías (Is. 29:13). El hipócrita es descubierto por el ojo revelador de Dios y su Palabra. Nosotros no tenemos que juzgar a nadie; es la misma Palabra la que juzga y es el Espíritu Santo quien escudriña los corazones y conoce las intenciones. Ante eso, nadie se puede esconder ni puede poner excusas que sean válidas delante de Dios. Es Dios quien lo pone al descubierto. En aquel tiempo, al igual que hoy en día sucede, había “creyentes” que eran solo de palabra pero no de hechos; se amparaban bajo el manto de una religión o una tradición como si la religión o la tradición realmente los pudiera proteger cuando vivían fuera de la Palabra. Decían creer en Dios y adoptaban poses “espirituales”, pero vivían como si Dios no existiera, vivían sin mostrar amor ni compasión por los demás. No reflejaban para nada al Dios que se supone está en ellos y se movían a conveniencia personal como hacen los hipócritas.

Conclusión.

¿Por qué hablar de la hipocresía cuando estamos en vísperas de la Semana Santa? Porque es el tiempo en que medio mundo se siente cristiano y adoptan poses espirituales que muchos de ellos no volverán a tomar hasta dentro de un año. Actúan por una semana de una forma muy espiritual, pero sin nada de compromiso el resto del año; y eso es hipocresía. Y esto tristemente se ve dentro de la Iglesia. Yo siempre he predicado que Semana Santa no es el tiempo de las vacaciones sino del recogimiento espiritual. Semana Santa no es solo el recordar el sufrimiento y dolor del Señor, ni solamente recordar la resurrección como hechos históricos. Semana Santa es un muy buen tiempo para renovar o establecer un compromiso con el Señor; con Aquel que nos amó tanto que dio su vida para salvarnos de la maldición eterna. Semana Santa nos lleva a entender que el Señor no quiere una semana de su vida y la mía; Él quiere nuestra vida entera. Dios no quiere una vivamos una Semana Santa, Él quiere que vivamos una vida santa.

La hipocresía es un mal que va creciendo gradualmente y está afectando hacia el interior de la Iglesia. Es verdad que hay hipócritas dentro de la Iglesia, pero eso no invalida la verdad de que la Iglesia es santa porque Santo es su fundador y dueño, nuestro Señor Jesucristo, y porque está compuesta de santos, palabra que significa *apartados* para el Señor. Es verdad que dentro de la Iglesia hay hipócritas, no sé si muchos o solo algunos, pero eso no es lo importante; lo importante es que usted y

yo estamos llamados a hacer la diferencia. Usted y yo estamos llamados a no ser hipócritas y a evitar a los hipócritas.

¿Qué es lo contrario de la hipocresía? La sinceridad y la claridad de nuestras palabras y acciones. La hipocresía se revela y se responde con la Palabra, pero el antídoto para acabarla es el amor. Si usted conoce a un hipócrita, no le juzgue; por el contrario, ámele, ore por él o ella, anímele a escudriñar la Palabra, y repréndale con ternura y cariño utilizando la Palabra. Esto es lo que hace un ciudadano del Reino. Si esta persona no reconoce que está haciendo mal, entonces apártese prudentemente, pero no se aleje mucho porque no sabemos si en cualquier momento el Señor le toca y tenemos que estar a la mano para asistirle cuando esto suceda.

La semana que viene veremos, también con la Palabra de Dios como fundamento, cómo actúan los hipócritas. La reflexión apunta no solo a cómo descubrir a una persona hipócrita, sino para escudriñar en nuestros corazones si nosotros, usted y yo, estamos cayendo en esto sin darnos cuenta como les pasó a Pedro y Bernabé y a otros tantos verdaderos santos en la fe, siervos comprometidos con Dios. Porque la hipocresía es así. Es un mal que se extiende paso a paso, silenciosamente, disimuladamente, religiosamente; puede ser hasta casi invisiblemente para todos, menos para Dios. Puede envolver y atrapar a cualquiera, pero para eso tenemos la Santa y Bendita Palabra de Dios, para evitar caer y, si ya hemos caído, para confrontarnos con nosotros mismos y levantarnos.

Yo no creo que la Iglesia de Cristo esté llena de hipócritas. Gracias a Dios siempre hay hombres y mujeres de fe que nos ayudan para ser cada día mejores haciendo la diferencia con su testimonio, dentro y fuera de la Iglesia. Pero hoy aprendimos que el tradicionalismo y el legalismo nos pueden conducir, lentamente, sin darnos cuenta, a actuar con hipocresía.

Dios Padre quiere conformarnos a la imagen gloriosa de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo (*Ro. 8:29 / 1Co. 15:49 / 2Co. 3:18 / Col. 3:10*). La hipocresía distorsiona y falsifica esa imagen gloriosa de Cristo en nosotros, y es la excusa de muchos para no querer venir a la iglesia. Por lo tanto, debemos tomarle la importancia debida que merece conociéndola a fondo para evitarla, combatirla y que salga de nuestras propias vidas si es el caso; o bien, para ayudar a otros para que no caigan o salgan de tan peligroso mal. Amén... Vamos a orar...